

El pandemonio como estrategia político-cultural en Brasil

Pandemonium as a political-cultural strategy in contemporary Brazil

Antonio Albino Canelas Rubim

Universidad Federal de Bahía, Salvador de Bahía, Brasil

rubim@ufba.br

<https://orcid.org/0000-0001-6953-7533>

Resumen

El artículo analiza la relación entre cultura, política y políticas culturales en Brasil, a partir de la noción de *pandemonio*, entendida como una estrategia político-cultural del gobierno del "Mesías Bolsonaro"¹. La noción permite develar la singularidad de la circunstancia brasileña en el panorama internacional, marcado por la existencia del neoliberalismo, el surgimiento de movimientos autoritarios y gobiernos de extrema-derecha y sobredeterminado por la pandemia. El análisis permite señalar los dispositivos desencadenados por el pandemonio para ser implementados en una estrategia político-cultural. El texto moviliza categorías como pandemia, pandemonio, política cultural, guerra cultural y disputas político-culturales para comprender el desempeño político de la cultura en el presente brasileño y sus contradicciones. El análisis utiliza, como procedimientos, textos teóricos, escritos críticos sobre la situación y los escasos estudios ya realizados sobre el tema. La lucha político-cultural, que se desarrolla hoy en Brasil, pone en juego la disputa entre barbarie y democracia.

Palabras clave: Políticas culturales, guerra cultural, pandemonio, pandemia, Brasil actual.

Abstract

The article analyzes the relationship among culture, politics, and cultural policies in Brazil, based on the notion of pandemonium, understood as a political-cultural strategy of the *Mesias Bolsonaro* administration. The notion allows unveiling the singularity of the Brazilian circumstance in the international panorama, marked by the existence of neoliberalism, the emergence of authoritarian movements and governments, and overdetermined by the pandemic. The analysis provides the means to pinpoint the expedients triggered by the pandemonium to be implemented as a political-cultural strategy. The text sets in motion categories such as pandemic, pandemonium, cultural politics, cultural war and political-cultural disputes in order to understand the political performance of culture in Brazilian current days and its contradictions. The analysis employs, as procedures, theoretical texts, critical writings about the state of affairs, and a few studies already carried out on the subject. The political-cultural struggle, which is taking place in Brazil nowadays, brings into play the dispute between barbarism and democracy.

Keywords: Cultural policies, cultural war, pandemonium, pandemic, current Brazil.

Vivo en tiempos oscuros.
 Un lenguaje sin malicia es signo de
 estupidez,
 una frente sin arrugas es un signo de indiferencia.
 El que todavía se ríe es porque todavía no
 recibió la terrible noticia.

¿Cuáles son estos tiempos, cuando
 hablar de flores es casi un crimen.
 ¿Significa guardar silencio ante tanta injusticia?
 Bertold Brecht (2012)

Vivimos en tiempos oscuros
 donde las peores personas perdieron el miedo
 y las mejores
 han perdido la esperanza.
 Hannah Arendt (2008)

1. Brasil y la barbarie que nos acecha

Vivir o sobrevivir tiempos oscuros requiere una comprensión cuidadosa del pensamiento. Necesita ir, sutil, al corazón de los tiempos oscuros y su sociedad: su angustia, su represión, sus esperanzas, los intereses, las contradicciones y sus tensiones. El pensamiento obliga a comprender cómo es que los tiempos oscuros son posibles, qué opciones hay para superarlos y qué resguardos crear para que la barbarie no se repita. Theodor Adorno, en un texto sobre educación, afirmó, de manera incisiva: “Para la educación, la exigencia de que Auschwitz no se repita es primordial. Precede a cualquier otro de tal manera que, creo, no debería ni necesita ser justificado” (Adorno, 1986, p. 33). Parafraseando a Theodor Adorno, en tiempos oscuros, el primer requisito del acto de pensar humano, demasiado humano, debe ser su compromiso umbilical contra la barbarie.

Los tiempos oscuros contemporáneos amenazan a la humanidad. La perversa combinación entre la creciente desigualdad que produce el neoliberalismo y el surgimiento de movimientos autoritarios y gobiernos de extrema derecha ha producido tiempos sombríos en el escenario internacional. En los años 2020/2021, la pandemia de un nuevo coronavirus determina el escenario actual de estos tiempos oscuros. La conjunción del neoliberalismo, el

neofascismo y la pandemia tiene efectos *vis* sobre la vida y la convivencia cívica.

La pandemia ha provocado cambios radicales en la vida cotidiana: distancias sociales, el uso de mascarillas, la interrupción de actividades, el confinamiento, la sobrecarga de los servicios de salud y muertes. El impacto de la pandemia en el campo cultural es enorme y, también, paradójico. La cultura en vivo, cara a cara, fue una de las primeras áreas paralizadas y será, probablemente, una de las últimas en volver a la vida. La cultura sufre, de hecho, profundamente debido a la pandemia, pues la convivencia es la fuerza vital de las comunidades. La cultura virtual, mediada por dispositivos sociotecnológicos, demostró ser un compañero saludable para las multitudes solitarias confinadas en extensas cuarentenas; confinamientos y conectividad posibles en la medida que las condiciones sociales lo permitan debido a las desigualdades que existen y que se agudizan globalmente. La cultura mediatizada se ha vuelto fundamental para la salud mental y el bienestar psicológico de las personas sometidas a situaciones extremas de intensa soledad, con relaciones sociales en suspenso. Sin embargo, la pandemia ha afectado negativamente a las culturas mediatizadas, cuando sus existencias necesitan ser renovadas con nuevas obras que requieren una manufactura de convivencia viva.

Cabe destacar la expansión viral de las actividades *online*, mediada por redes informáticas. Evidentemente, era un fenómeno preexistente a la pandemia. Sin embargo, su actual difusión a escala global ha provocado el aumento vertiginoso de trabajos remotos, la implementación de educación a distancia, la realización de reuniones vía plataformas digitales, actividades en versión *lives*, por mencionar sólo algunos ejemplos. En otras palabras, la vida/realidad distante se ha convertido cada vez más en momentos de vida/realidad compartida. La sociabilidad contemporánea, conjugando la convivencia y la televivencia (vivencia a distancia) se impuso con la pandemia. Se puede decir, sin temor a equivocarnos, que con la pandemia nos hemos vuelto efectivamente contemporáneos (Rubim, 2020). Es difícil imaginar que este efecto secundario de la pandemia desaparecerá cuando se supere la emergencia sanitaria.

Brasil vive y sobrevive, con dificultad, en la cruel escena contemporánea. Este ensayo reflexiona so-

bre la singularidad de la inserción brasileña en este contexto internacional, con especial énfasis en los vínculos entre la política, la cultura y las políticas culturales, a partir de un conjunto articulado de reflexiones que busca develar tal escenario.

El argumento principal se refiere a la singularidad de la circunstancia brasileña. El escenario internacional, perfilado a trazos gruesos, conjuga la hegemonía neoliberal, el surgimiento de los neofascismos y sus expresiones de violencia física y simbólica en distintas partes del mundo, además de una pandemia que contamina el planeta. Brasil sobrevive a la situación de manera extrema por la vía de implementar un neoliberalismo radical, de imponer un régimen autoritario y una peculiar combinación de pandemia y pandemonio. Esta conformación requiere, por lo tanto, la costura de una reflexión sobre la singularidad del caso brasileño.

Visitar la etimología de las nociones de pandemia y pandemonio contribuye a clarificar el análisis. Pandemia proviene del griego antiguo y reúne *pan* (todo, todos) más *demos* (personas). A diferencia de la endémica, un aumento anormal del número de personas infectadas por una enfermedad en una región específica, la pandemia se propaga geográficamente, abandona su lugar de origen y se esparce por el mundo. El prefijo *pan* hiperboliza su significado.

Pandemonium, en tanto, tiene orígenes literarios e ingleses. John Milton, en su poema épico "El paraíso perdido", de 1667, inventó la expresión para nombrar el centro gestor del infierno. Importó los vocablos griegos *pan* (todo, todos) y *daimon* (deidad menor, demonio). Pandemonium era, entonces, el palacio donde los demonios se reunían bajo la presidencia de Satanás. En el siglo XIX, el significado del término cambió a "confusión salvaje". Hoy, en su uso contemporáneo, se ha convertido en sinónimo de "confusión, caos, desorden"². Antonio Houaiss también traduce pandemonium como una asociación de personas para hacer el mal.

Además de aparecer como un recurso literario o retórico, el vocablo pandemonio y su(s) significado(s) tiene una relevancia impresionante y un poder analítico expresivo en la escena brasileña. Este ensayo discute el potencial analítico de la noción de pandemonio y la singularidad del panorama nacional combinando pandemia y pandemonio en la temporalidad real.

En Brasil, las formas extremas de (sobre)vivir los tiempos oscuros llevaron a tejer un vínculo singular entre pandemia y pandemonio, configurando la proposición del texto: la singularidad de la combinación entre pandemia y pandemonio en términos internacionales. En la gran mayoría de los países, con excepciones que pronto se rectificaron, la pandemia se vivió con las dificultades inherentes a su inusual circulación y tasa de contagio. Aunque Brasil no se encontraba entre los primeros países afectados, no abordó la pandemia en términos mínimamente organizados. Por el contrario, frente a la pandemia, sobresalió el pandemonio.

Esta reflexión busca aclarar las conexiones más cercanas entre pandemia y pandemonio. Tal es la relación básica entre ambos fenómenos: Un pandemonio en el (mal) tratamiento de la pandemia. Los ejemplos vividos en la experiencia brasileña son numerosos: subestimación de la pandemia, descuido y descoordinación en abordarla; un manejo caótico de ésta; compras de productos que supuestamente servirían para tratar la pandemia, como fue el caso de la cloroquina; desprecio por la distancia social y el uso de mascarillas; resistencia al confinamiento; presión para mantener las actividades con el pretexto de no paralizar la economía; insensibilidad ante el incremento de infectados y muertos; choque de la gestión federal con los gobiernos provinciales y municipales, que adoptaron las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS); actitudes ambiguas en todo momento; descalificación de la eficacia de la vacuna; retraso en el proceso de adquisición de vacunas; ausencia de un plan nacional de vacunación eficaz, y corrupción en la compra de vacunas, entre otras.

La destrucción de la capacidad técnica, el desdén de los expertos y la negación de la ciencia emergieron como componentes fundamentales del pandemonio en la mala gestión de la pandemia. Lo anterior, junto con la rotación de cuatro ministros de salud en medio de la pandemia y la militarización generalizada del Ministerio del área, produjeron un severo pandemonio en la acción federal en relación con la pandemia. Los resultados de este pandemonio llevan a Brasil a la situación descontrolada y trágica en la que se encuentra hoy: más de 20 millones de infectados y casi 600 mil muertos, según datos a octubre de 2021.

Pandemonio no se limita al pésimo manejo de la pandemia. También implica la acumulación simul-

tánea de numerosas situaciones caóticas, que se entrelazan y provocan un intenso desorden en el escenario nacional. Entre las muchas circunstancias caóticas, cabe mencionar: el caos económico, incluso anterior de la pandemia y que el país experimenta desde 2015, sin que las administraciones de Michel Temer ni de Mesias Bolsonaro demuestren la capacidad de formular un proyecto económico coherente para enfrentarla, además de la repetida cantilena, la necesidad de nuevas reformas ultra neoliberales; el caos social, con tasas de desempleo entre las más altas jamás registradas en la historia de Brasil, con la fuerte expansión de las desigualdades, la inflación, la miseria y el hambre, que vuelve a colocar al país en el mapa mundial del hambre; el caos ambiental expresado en grandes accidentes ambientales, como el incendio en el Pantanal, la quema en la selva amazónica y la exorbitante legalización de plaguicidas, muchos de los cuales están prohibidos en varios países, además de la fuerte reducción de la aplicación de los delitos ambientales; el caos político persistente, provocado por las fricciones entre el ejecutivo, el poder judicial y el legislativo, así como por los intentos de imponer mecanismos autoritarios en el campo político y la sociedad; el caos educativo / universitario provocado por los reiterados ataques a la autonomía universitaria, así como por los recortes presupuestarios a la educación y a las universidades públicas, en particular; el caos del campo científico debido, entre otros elementos, a la disminución presupuestaria destinada a la investigación y a la formación de investigadores; el caos cultural, foco de este ensayo, derivado de los ataques del gobierno central y de sus aliados contra la cultura y los actores de la cultura, de la censura, la represión y la asfixia financiera al campo cultural. La combinación de todos estos casos en tiempo real produce un pandemonio brutal en el escenario nacional.

Recurrir a la noción de ideología de Adorno puede resultar ilustrativo para pensar en el pandemonio dominante en el escenario brasileño. Gabriel Cohn, estudioso del filósofo alemán, explica que la ideología es "...una apariencia socialmente necesaria, precisamente porque la conciencia que produce en los miembros de la sociedad se adhiere a su forma ya terminada, la única que aparece" (1986, p. 11). La correlación que establece Adorno, en su peculiar manera de significar la noción de ideología, entre apariencia e ideología, puede ser estimulante para pensar en la visibilidad y sensación del pan-

demonio que se apodera de la gestión federal y, lamentablemente, de la vida cotidiana brasileña.

Es sugerente imaginar que el pandemonio, además de su apariencia caótica, deriva de un proceso complejo, que combina el desencadenamiento del caos como estrategia para lograr objetivos bien definidos, aunque cargados de tensiones. Pandemonio no debe traducirse como una mera ausencia de proyecto/programa político. Más bien, debe entenderse, sin más preámbulos, como un instrumento deliberado de una estrategia política refinada. Giuliano Da Empoli, al estudiar varias estrategias desarrolladas en la lucha por el poder en varios países del mundo contemporáneo, afirma que "el juego ya no consiste en unir a las personas en torno a un denominador común, sino, por el contrario, en encender las pasiones del mayor número posible de grupos para luego agregarlos, incluso por defecto" (2020, p.21). Tal política "cuántica" puede recurrir a posiciones razonables o absurdas, siempre que movilicen las aspiraciones y temores de los votantes (p. 20).

No es de extrañar que la "política cuántica" movilice de manera recurrente el odio, como lo demuestra Patrícia Campos Mello (2020) al analizar las elecciones brasileñas de 2018 y la estrategia electoral de Mesias Bolsonaro. Se trata de transformar a los oponentes en enemigos para destruir, poniendo en jaque la lógica adversaria inmanente a la democracia (Mouffe, 2018). Al reemplazar esta lógica con la dualidad amigo-enemigo, se abre la posibilidad de desencadenar violencia simbólica y/o física para destruir a los oponentes que se han convertido en enemigos.

El odio no fue puesto en escena por Mesias Bolsonaro, un insignificante diputado federal, sino por la estrategia de las clases dominantes brasileñas. Con la anuencia de algunos medios de comunicación, esta estrategia incluía movilizar un odio intenso hacia el Partido de los Trabajadores (PT) y sus líderes principales con el propósito de despojarlos de todo poder federal, aunque en ello la democracia resultara herida de muerte.

El pandemonio, aparentemente caótico por producir situaciones caóticas simultáneas y en diversos ámbitos, no impide que el gobierno de Mesias Bolsonaro busque alcanzar sus fines políticos. Por el contrario, opera como un recurso de poder para

lograr sus principales objetivos declarados, a saber: la implementación de medidas ultra neoliberales y la implantación de un régimen con carácter de dictatorial en el país, con el desmantelamiento del frágil estado de bienestar social y una debilitada democracia brasileña, hecha andrajos desde el golpe mediático-jurídico-parlamentario de 2016.

Vale la pena esbozar, incluso como hipótesis, los procedimientos de la estrategia del caos que pueden condensarse, sintéticamente, en los siguientes dispositivos: 1. Creación constante e intensa de narrativas (muchas de ellas conspirativas) sobre el mundo; 2. Manipulación continua de la agenda pública a través de la proliferación de factoides; 3. Uso intensivo de noticias falsas (*fake-news*); 4. Ataques y retrocesos para probar la capacidad de resiliencia de la institucionalidad; 5. Uso reiterado de discursos de odio; 6. Difusión del odio y autorización/preparación de la violencia física y simbólica; 7. Transformación del oponente en enemigo a liquidar; 8. Destrucción de la lógica contradictoria inherente a la democracia, y 9. Desencadenamiento de la guerra cultural.

2. Pandemonio, cultura y políticas culturales

El pandemonio contamina todas las actividades de gestión y se impone en las más diversas facetas de la vida social. La cultura se presenta como uno de los campos más afectados por esta estrategia del pandemonio. Como he discutido en trabajos previos (Rubim, 2020b; 2021), el desempeño político-cultural del gobierno de Mesias Bolsonaro no se restringe a sus cuerpos institucionales de cultura. Atraviesa toda la estructura de poder e, incluso, sectores sociales ajenos a las agencias federales; estrategia impulsada por los sectores más ideológicos y fundamentalistas del *bolsonarismo*. La promoción de la “guerra cultural” reafirma la cultura en un lugar destacado en el proceso de desatar el pandemonio como estrategia.

Entre 2003 y 2016, Brasil experimentó un momento único. En ese período, las clases tradicionalmente dominantes no controlaban al gobierno nacional, como había ocurrido durante siglos. Sin embargo,

permanecieron en el poder. Con limitaciones –debido a coyunturas particulares, alianzas y reconciliaciones–, el gobierno federal desarrolló políticas de distribución para combatir la enorme desigualdad social existente e implementar políticas de reconocimiento, con el propósito de visibilizar y de dotar de legitimidad a sectores históricamente oprimidos, excluidos de la vida nacional.

Con éxitos y fracasos, aciertos y errores, entre 2003 y 2016 se diseñaron e implementaron políticas orientadas a reconocer y fomentar las diversidades social y cultural brasileñas, aunque adoptaron tonos distintos si comparamos los gobiernos de Luiz Inácio “Lula” da Silva (2003-2010) y Dilma Rousseff (2010-2016). En efecto, los brasileños experimentaron dos momentos diferentes en cultura y políticas en el sector: el período del presidente Lula y los ministros de cultura Gilberto Gil y Juca Ferreira, con un fuerte desempeño político-cultural, y el del gobierno de la presidenta Dilma y sus ministras de cultura, Ana de Holanda y Marta Suplicy, con un nivel menos intenso de intervención político-cultural (Rubim, 2015; Calabre, 2015). El regreso de Juca Ferreira al Ministerio de Cultura, en el segundo gobierno de Dilma Rousseff (2015-2016), no logró darle a las políticas culturales el impulso que habían alcanzado en años anteriores. Desde el principio, el gobierno de Rousseff se vio minado por actos desestabilizadores e intentos de desestabilización, que hicieron inviable dicha administración hasta la consumación del golpe mediático-legal-parlamentario de 2016.

A pesar de las ambigüedades y las contradicciones, la innovación en las políticas culturales, la creatividad de los programas y proyectos, y la amplitud de la participación de los agentes culturales, colocaron al Ministerio de Cultura en un horizonte político que nunca antes había alcanzado en la historia de la nación. Esto fue particularmente evidente durante el gobierno de Lula y la gestión ministerial de Gilberto Gil. Entre 2003 y 2008, Brasil experimentó el período más brillante de diseño e implementación de políticas culturales en el país, ya sea por el desarrollo de múltiples experiencias creativas o por la ampliación de los estudios sobre políticas culturales, entre otros.

Los gobiernos post golpe de 2016 comparten un espíritu de reflujo conservador en este aspecto. En efecto, las administraciones de Michel Temer y

de Mesías Bolsonaro coinciden en su animosidad contra la cultura y la intención de dismantelar las políticas, programas y proyectos culturales inaugurados en el período 2003-2016. Esto incluye episodios explícitos de censura y agresiones a expresiones culturales concretas.

Sin embargo, vale la pena señalar diferencias de escala al comparar ambos procesos. Michel Temer intentó eliminar el Ministerio de Cultura y fracasó debido al movimiento desencadenado por el campo cultural que ocupó las sedes del ministerio en todo el país (Barbalho, 2017; 2018). Bolsonaro profundizó el ímpetu para dismantelar la institucionalidad del sector cultural con la transformación del Ministerio de Cultura en una mera secretaría, vinculada fortuitamente al Ministerio de Ciudadanía y, luego, en noviembre de 2019, al Ministerio de Turismo. Además, en poco más de dos años y medio de gestión, los responsables institucionales del área federal de cultura ya han sumado cinco nombres: Henrique Pires (hasta agosto de 2019), Ricardo Braga (agosto/septiembre 2019), Roberto Alvim (septiembre de 2019 / enero de 2020), Regina Duarte (marzo / mayo de 2020) y Mário Frias (junio de 2020 en adelante).

La gestión de Bolsonaro ha elegido la cultura como enemigo, junto con la educación, la ciencia, las artes, las universidades públicas y los asuntos relacionados con las llamadas minorías, especialmente las manifestaciones de género, los afrobrasileños, LGBTQIA+ y los pueblos indígenas. Las actividades vinculadas a los trabajadores urbanos y rurales también se vieron profundamente afectadas, así como los derechos sociales, laborales y de seguridad social. Sectores como la agricultura familiar, que produce gran parte de los alimentos que se consumen en Brasil, se han visto muy perjudicados por la falta de políticas gubernamentales.

Así, vale la pena enumerar, aunque sea brevemente, el pandemio provocado en el ámbito cultural, desde el inicio de la administración del “Mesías” Bolsonaro en 2019: extinción del Ministerio de Cultura, su reducción institucional a una mera secretaría y su arbitraria vinculación con el Ministerio de Ciudadanía y luego al Ministerio de Turismo; cinco directores pasan por la secretaría en poco más de dos años y medio; el dismantelamiento de políticas públicas culturales; la discontinuidad de programas y proyectos en el área; la obstrucción de ca-

nales colegiados de participación político-cultural, como conferencias y consejos, por ejemplo; la asfixia financiera al campo cultural; la prohibición de actividades culturales; la censura; la persecución de las expresiones culturales, las artes, las ciencias, la educación y las universidades públicas; la represión a los actores de la cultura; los ataques a las libertades de creación y de expresión; la defensa de narrativas anticulturales como el negacionismo, el terraplanismo, el supremacismo de diverso cuño, entre otros. En síntesis, una declaración de guerra cultural.

Es imposible, dentro de los límites de este ensayo, detallar todos los ataques a la cultura, ya discutidos pormenorizadamente en trabajos previos (Rubim, 2020; Santos, 2021). Pero valga enumerar brevemente la gestión del “Mesías” Bolsonaro en la cultura: Se paralizaron acciones fundamentales, como el Sistema Nacional de Cultura y el Plan Nacional de Cultura, ambos previstos en la Constitución brasileña, y el Programa Cultura Viva, que inspiró el movimiento Cultura Viva Comunitaria en diversos países del mundo y en América Latina. Los recursos presupuestarios de la nación en la función cultural, que en 2013 alcanzaron los 2 mil millones de reales (algo así como 400 millones de dólares), se redujeron drásticamente en 2020 a solo 220 millones de reales (Brandão, 2021). Estos y otros datos ilustran la guerra cultural desatada contra la comunidad cultural en Brasil.

Se debe prestar especial atención a diferenciar claramente entre guerra cultural y disputa político-cultural. Mientras que la disputa político-cultural expresa la pluralidad y diversidad inmanente a la sociedad y la vida democráticas —y refleja la riqueza cultural de la democracia existente—, la guerra cultural está guiada por principios diametralmente opuestos. Se levanta contra la pluralidad y la diversidad y busca imponer de manera autocrática e intolerante un pensamiento único, con raíces autoritarias, conservadoras y fundamentalistas. Mientras la disputa política-cultural diverge, pero reconoce el derecho del otro a ser y tener concepciones diferentes, la guerra cultural busca suprimir la alteridad, la pluralidad y la diversidad. Más que eso, pavimentó peligrosamente, al desencadenar el odio, la posibilidad de recurrir a la violencia simbólica e, incluso, a la violencia física, que pretende aniquilar toda alteridad y diferencia cultural, de la que siempre se sospecha.

La guerra cultural está asociada a la lógica y los regímenes totalitarios. La disputa necesaria por la hegemonía política y cultural es parte del entorno democrático. La distinción entre guerra cultural y disputa por la hegemonía político-cultural surge como una cuestión fundamental para caracterizar las relaciones entre política y cultura en el mundo contemporáneo, en general, y en Brasil, en particular. Cualquier descuido con la indistinción entre fenómenos aparentemente cercanos tiene un fuerte impacto en la cultura, la vida y la democracia en la sociedad.

La discusión de la guerra cultural trae a la luz otra dimensión de las condiciones únicas del contexto brasileño. Se refiere a las influencias en la formulación de la guerra cultural. Explora asociado a una mirada de pensamientos autoritarios, especialmente los que impregnaron el siglo XX y aquellos de más reciente data, surgidos en las primeras décadas del presente siglo. Una de las posibles conexiones sería asociar la noción de guerra cultural con la cruzada contra el marxismo cultural, una noción acuñada, según Iná Costa, a principios de la década de 1990 por "...cristianos fundamentalistas, ultraconservadores, supremacistas -en resumen, la extrema derecha estadounidense" (Costa, 2020, pp. 37-38). Olavo de Carvalho, ideólogo jefe del bolsonarismo, residente en Estados Unidos, puede ser un artesano de las conexiones con la extrema derecha estadounidense y de las articulaciones entre guerra cultural y cruzada contra el marxismo cultural.

Las limitaciones espaciales del artículo no permiten una discusión más densa de las ideas que inspiraron la guerra cultural bolsonarista. Basta señalar como posibles fuentes de la guerra cultural el pensamiento autoritario contemporáneo presente en el panorama internacional actual. Venício Lima (2021) traza un buen cuadro de las tramas del pensamiento autoritario internacional. Sin embargo, esta afirmación no retiene la singular guerra cultural bolsonarista. Michel Löwy señaló que el principal referente político-ideológico del bolsonarismo es la dictadura cívico-militar de 1964-1985 y no sus relaciones con movimientos autoritarios y fascistas nacionales o internacionales anteriores. El autor considera que el bolsonarismo es un neofascismo, con características sui-generis (Löwy, 2021).

En una perspectiva más centrada en la guerra cultural, otro autor ha buscado enfatizar la singu-

laridad del fenómeno, por sus conexiones con la dictadura civil-militar. João Cezar de Castro Rocha (2021) ha insistido en la estrecha conexión entre la guerra cultural bolsonarista y el pensamiento desarrollado por el régimen militar.

El papel destinado a las "políticas culturales", relacionadas con la gestión de Mesias Bolsonaro, debe ser discutido en este escenario. Cualquier intención de algo incluso cercano a las políticas culturales sólo parece tener sentido en este contexto. En él, la cultura se instrumentaliza y opera dentro de objetivos delimitados, casi sin trazos de autonomía, ni siquiera relativa. El impulso eminentemente instrumental de la cultura obstaculiza e, incluso, inhibe la conformación de una política que busca desarrollar la cultura, aun aquella sintonizada con los valores de la extrema derecha. En estas circunstancias, el gobierno no ha logrado articular hasta ahora una política cultural eficaz en el sentido estricto del término. La construcción de la política cultural requiere un conjunto de requisitos, muchos de los cuales no están a su alcance y otros, incluso, son contradictorios con el desempeño político-cultural de la gestión de Bolsonaro.

El concepto de política cultural que indico a continuación, en diálogo con el enfoque de Néstor García Canclini (1987; 2001), puede ser una buena medida de la distancia que debe superarse entre la situación actual y las condiciones necesarias para hablar de política cultural, guiada por las formulaciones autoritarias, conservadoras y fundamentalistas de la actual administración federal. Así, entiendo la política cultural como un conjunto articulado, consciente, continuo, deliberado, sistemático y planificado de intervenciones, formulaciones y/o actuaciones de diversas entidades culturales (Estado, sociedad, comunidades e instituciones culturales, entre otras) con el objetivo de: satisfacer las demandas y necesidades culturales de la población; estimular el desarrollo simbólico; construir hegemonías para conservar o transformar la sociedad y la cultura, y garantizar la ciudadanía y los derechos culturales. La política cultural activa recursos institucionales, de infraestructura, regulatorios, financieros y de personal. Presta especial atención a las dimensiones organizativas de la dinámica cultural. Para que exista, la política cultural exige superar la instrumentalización de la cultura por la política e inaugura una nueva relación, en la que la política es un instrumento y un propósito cultural (Rubim,

2019). A diferencia de todo esto, la cultura en la gestión de Mesias Bolsonaro, una vez más, se está instrumentalizando como objetivos expresamente político-ideológicos y apenas contempla algunas de las características de la definición anterior.

Hasta hoy, los sectores democráticos y de izquierda no parecen haber prestado la debida atención al fenómeno político de la guerra cultural con sus novedades y preocupaciones. Este texto no pretende analizar este problema, que es muy peligroso para la democracia. En lugar de tal horizonte, es necesario enfocar las actitudes del campo cultural ante esta situación. Como los estudios aún son escasos y, por tratarse de un proceso en marcha, varias de las observaciones aquí desarrolladas tienen el carácter de hipótesis con el propósito de construir senderos para develar tales manifestaciones.

Alexandre Barbalho propuso que el campo cultural se politice a partir de su inmersión y diálogo con el conjunto de políticas culturales desarrolladas en Brasil desde 2003, en particular con la administración de Gilberto Gil en el Ministerio de Cultura (Barbalho, 2017; 2018). El peculiar proceso de politización estuvo estrechamente asociado al desarrollo de políticas públicas para la cultura como nunca había sucedido en Brasil. En otras ocasiones, la politización de la cultura se produjo movilizándolo otros expedientes, como las movilizaciones del campo cultural en defensa de las libertades y la democracia y contra las dictaduras, como las del Estado Novo (1937-1945) y la cívico-militar (1964-1985).

3. Resistencia, resiliencia y rebeldía cultural

Con el golpe mediático-jurídico-parlamentario de 2016 —las elecciones antidemocráticas de 2018, la toma del poder federal por la extrema-derecha y la guerra cultural declarada—, el proceso de politización agregó estas nuevas variables, haciéndolo mucho más complejo. Ha dejado de ser movilizándolo solo por políticas culturales anteriores (2003-2016) y ha incorporado nuevos componentes. No es casualidad que los segmentos más reconocidos del campo cultural y mayoritarios, también, se hayan opuesto al golpe (2016) y se hayan manifestado a favor de la candidatura presidencial de Lula y, tras

su inviabilidad político-legal, apoyaron la candidatura de Fernando Haddad; se opusieron, primero, al candidato (2018) y, luego, al gobierno de “Mesías” Bolsonaro (2019 en adelante) y participaron creativamente en la campaña *Lula Livre*, por la libertad de Luiz Inácio Lula da Silva, preso político entre 2018-2020. Solo unos pocos segmentos particulares de la cultura estaban a favor de las actitudes del “Mesías” Bolsonaro, cargadas de misoginia, homofobia, racismo y otros prejuicios y actitudes y prácticas discriminatorias.

La complejidad del campo cultural, que aglutina áreas, manifestaciones y condiciones muy diversas y desiguales, se inserta de manera notable sobre los procesos de politización y las actitudes críticas que se encuentran en el campo cultural. Son necesarios estudios más profundos para una comprensión más precisa y detallada del posicionamiento del campo de la cultura con relación al gobierno del “Mesías” Bolsonaro y su desempeño en el ámbito de la cultura y las políticas culturales.

La politización, combinada y desigual, de ciertos segmentos culturales merece ser estudiada, ya que no tiene un grado similar en función del sector cultural analizado: artistas independientes, culturas digitales, culturas eruditas, culturas de identidad, culturas populares, culturas universitarias, industria cultural, entre otras. Dichos espacios culturales tienen diferentes inserciones políticas, sociales, económicas e, incluso, culturales, generando posibilidades desiguales de politización y actuación en el escenario contemporáneo de disputas en Brasil.

Los segmentos de las comunidades universitarias, especialmente públicas, vinculadas a la educación, la ciencia, las artes y la cultura, tienen posiciones muy críticas con el gobierno nacional. Algo similar parece ocurrir con los agentes culturales vinculados a las culturas identitarias, atacados a diario por miembros y simpatizantes de la gestión federal. En el ámbito de las culturas populares, los activistas que tenían más vínculos con programas culturales, como Cultura Viva, creado en la gestión de Gilberto Gil, tienen una postura crítica más definida sobre el gobierno, mientras que otros permanecen en silencio y distantes de las disputas políticas, inmersos en las necesidades de todo tipo, debido a las condiciones de vida de las personas. En las llamadas culturas eruditas, la alienación parece ser aún mayor, si no cierto apoyo para el gobierno. Pero el

reciente descontento con los excesos del gobierno, evidenciado en numerosas encuestas de opinión, parece afectar a estos y otros sectores culturales y cambiar sus puntos de vista. Dentro de la industria cultural, con todos los patrones aliados y acostumbrados a las órdenes del gobierno, muchos famosos se oponen expresamente al “Mesías” Bolsonaro y una fracción minoritaria lo apoya, como los artistas vinculados a la música country, un tipo de música comercializada asociada al mundo rural, especialmente la agroindustria. En el universo de los artistas independientes, también parece predominar la actitud crítica hacia el gobierno, así como entre los jóvenes creadores vinculados a las culturas digitales, aunque también hay simpatizantes del gobierno y militantes de extrema derecha. El estudio de los comportamientos y pensamientos de agentes y comunidades culturales es fundamental para una mejor comprensión del panorama político-cultural brasileño contemporáneo.

Dichos desafíos específicamente en el campo cultural implican la lucha por la preservación crítica de las experiencias de políticas culturales democráticas ocurridas entre 2003 y 2016, que los gobiernos de Temer y Bolsonaro intentan sistemáticamente borrar, destruir y silenciar. Parafraseando a Walter Benjamin, el pasado está en peligro ya que está en continua disputa en el presente. En sus famosas tesis sobre la filosofía de la historia, Benjamin escribió poéticamente: “Articular históricamente el pasado no significa saber ‘cuán verdaderamente ha sido’. Significa involucrarse en una reacción tan violenta como ésta que aparece en un instante de peligro” (Benjamin, 1967, p. 45).

Paralelamente a la disputa por el pasado y por la memoria, es vital profundizar y avanzar experimentos radicalmente democráticos e innovadores en políticas culturales siempre que sea posible, dado que Brasil es un país de organización constitucional federal, con cierta autonomía de los gobiernos provinciales y municipales, incluso liderado por sectores democráticos y de izquierda. El ejemplo del Consorcio Nordeste, que está construyendo los gobernadores de los nueve estados del Noreste, todos opuestos al “Mesías” Bolsonaro, es emblemático en este sentido. El Consorcio asumió un papel relevante en la lucha contra el pandemio de la acción federal ante la pandemia. Muchas de las medidas defendidas por la OMS fueron tomadas de manera decisiva por los gobiernos provinciales y

municipales, aliviando los efectos catastróficos del pandemio federal sobre la gestión desastrosa de la pandemia.

La resistencia, la resiliencia y la rebeldía cultural emergen en el escenario político. Tuvieron un lugar destacado en la oposición política al gobierno de Mesias Bolsonaro. Las disputas, los conflictos, las movilizaciones, las protestas y las insurgencias ocurren en circunstancias diversas y dispersas que toman diferentes tonos, a menudo puntuales y, a veces, más generales. La politización ahora también se está produciendo como resultado de los ataques y la posibilidad de barbarie. En las elecciones municipales de 2020, a pesar de resultados mayoritariamente adversos, varios candidatos políticos se adueñaron de la cultura, varios de ellos victoriosos. En definitiva, desde el golpe de 2016 y las elecciones antidemocráticas de 2018, el ámbito cultural se ha mostrado como un entorno mayoritariamente comprometido con la democracia, la diversidad cultural y las libertades.

El episodio más llamativo de esta trayectoria de luchas ha respondido hasta el momento con el nombre de Ley Aldir Blanc, aprobada casi por unanimidad por la Cámara de Diputados y el Senado Federal. La movilización más integral del campo cultural se articuló con partidos de la izquierda democrática y parlamentarios (diputados federales y senadores) y resultó en la aprobación de la Ley Aldir Blanc, con el objetivo de brindar apoyo de emergencia a trabajadores e instituciones culturales, con una inversión estimada de 3 mil millones de reales (aproximadamente unos 600 millones de dólares), valor muy superior a los presupuestos movilizadas por la secretaría nacional de cultura. Cabe mencionar la importancia de los recursos obtenidos para el campo cultural en un escenario y gobierno tan adverso a la cultura.

Más que eso, es necesario señalar otra victoria inscrita en la ley: la distribución de recursos a través de provincias y municipios, en una lógica claramente descentralizada, inspirada en el Sistema Nacional de Cultura (SNC), una política de cultura pública creada e impulsada bajo los gobiernos de Lula y de Dilma, y paralizada durante las administraciones de Temer y Mesias Bolsonaro. Al revivir el SNC, movilizándolo provincias y municipios, la ley Aldir Blanc también permitió la animación de varias discusiones en torno a una conferencia popular de

cultura, emprendida por la sociedad civil y la comunidad cultural, ante la negación de las conferencias nacionales de cultura como sucedieron en los gobiernos de Lula y de Dilma.

Todavía parece difícil tener una valoración completa de la efectividad de la ley de Aldir Blanc y, en particular, de su proceso de distribución, pero ya su conquista en un contexto tan adverso a la cultura no puede sino ser leída como una gran victoria política en el campo cultural y para sectores democráticos de la sociedad brasileña. Se han realizado y se están ejecutando varios estudios, e incontables debates, que deberían dar lugar a un panorama más rico y preciso de los impactos de la Ley Aldir Blanc en el entorno cultural brasileño, incluso considerando la pandemia y el pandemonio.

El tamaño de la victoria depende en gran medida de los desarrollos gatillados por la ley. Como legislación de emergencia, tiene límites de tiempo claros. El enfrentamiento efectivo de la grave situación cultural actual en Brasil requiere políticas y leyes más permanentes. Entre otros movimientos

políticos y culturales en el Brasil de hoy, todavía se destacan las movilizaciones en torno a dos nuevas leyes culturales: la Ley Aldir Blanc II y la Ley Paulo Gustavo, además de luchas diversas y difusas contra los ataques a la cultura. En esta perspectiva, la movilización del campo cultural y de la sociedad civil brasileña contra la barbarie y a favor de la democracia, incluida la democracia cultural, emerge como vital. Queda por ver si la lucha por la conquista de la Ley Aldir Blanc puede servir de catalizador para nuevos y más persistentes movimientos y si la sociedad brasileña podrá detener la barbarie y construir una democracia sustantiva tan esencial para el presente y el futuro de Brasil.

Notas

1. Jair Mesias Bolsonaro.
2. <https://www.dicionarioinformal.com.br/>

Referencias

- Adorno, T. (1986). Educação depois de Auschwitz. En G. Cohn (Org.), *Theodor Adorno*. São Paulo, Ática, (pp. 33-45). (Coleção Grandes Cientistas Sociais, 54).
- Arendt, H. (2008). *Homens em tempos sombrios*. Companhia das Letras.
- Barbalho, A. (2017). Em tempos de crise. O MinC e a politização do campo cultural brasileiro. *Políticas Culturais em Revista*. Salvador, 10 (1), 23-46.
- Barbalho, A. (2018). Política cultural en tiempos de crisis: el Ministerio de Cultura en el Gobierno de Temer. *Revista de Políticas Públicas*. São Luiz, 22 (1), 239-260.
- Benjamin, W. (1967). *Ensayos escogidos*. Sur.
- Brandão, S. (Org.) (2021). *Brasil: cinco anos de golpe e destruição*. Editora da Fundação Perseu Abramo.
- Brecht, B. (2012). *Bertold Brecht poemas 1913-1956*. Iluminuras.
- Calabre, L. (2015). Notas sobre os rumos das políticas culturais no Brasil nos anos de 2011-2014. En A. Rubim, A. Barbalho, & L. Calabre (Orgs.), *Políticas culturais no governo Dilma*. Editora da UFBA (pp. 33-48).
- Cohn, G. (1986). OHN, Gabriel. Adorno e a Teoria Crítica da Sociedade. En G. Cohn (Org.), *Theodor Adorno* (7-30). Ática [Coleção Grandes Cientistas Sociais, 54].
- Costa, I.C. (2020). *Dialéctica do marxismo cultural*. Expressão Popular.
- Empoli, G. (2020). *Engenheiros do caos*. Vestígio.

- García Canclini, N. (1987). Políticas culturales y crisis de desarrollo: un balance latinoamericano. En García Canclini, N. (Org.), *Políticas Culturales en América Latina* (pp.13-59). Grijalbo.
- García Canclini, N. (2001). Definiciones en transición. En D. Mato (Org.), *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales em tiempos de globalización* (pp.57-67). Clacso.
- Lima, V. (2021). Nota sobre 'política quântica' e tradicionalismo: cultura, política e comunicação em tempos de Bolsonaro. En A. Rubim & M. Tavares, *Cultura e política no Brasil atual*. Editora da Fundação Perseu Abramo (pp.19-129).
- Löwy, M. (2021). Dois anos de desgoverno. Ascensão do neofascismo. *A Terra é redonda*. Recuperado el 1 de marzo de 2021. <https://aterraredonda.com.br/dois-anos-de-desgoverno-a-ascensao-do-neofacismo>.
- Mello, P.C. (2020). *A máquina do ódio*. Companhia das Letras.
- Mouffe, Ch. (2018). *Por um populismo de esquerda*. Autonomia Literária.
- Rocha, J. (2021). *Guerra cultural e retórica do ódio*. Editora Caminhos.
- Rubim, A. (2015). Políticas culturais no primeiro governo Dilma: patamar rebaixado. En A. Rubim, A. Barbalho, & L. Calabre, (orgs.), *Políticas culturais no governo Dilma*. Editora da UFBA (pp.11-31).
- Rubim, A. (2019). *Por um conceito atualizado de política cultural*. Salvador, (texto inédito).
- Rubim, A. (2020). La acción político-cultural del gobierno de Mesías Bolsonaro. *Alteridades*. México, (60), 9-20- www.alteridades.izt.uam.mx/index/Alate/issue/view/66
- Rubim, A. C. (2021). Equilibrio político-cultural del gobierno de Bolsonaro. En A. Rubim & M. Tavares. *Cultura y política en Brasil hoy* (pp. 37-55). Editorial de la Fundación Perseu Abramo.
- Santos, M. T. (2021). *El arte como enemigo. Las artes reaccionarias, el regreso de la censura y la guerra cultural en Brasil (2013-2021)*. [Tesis doctoral No Publicada] Universidad Nacional de Brasília.

- Sobre el autor:

Antonio Albino Canelas Rubim es profesor de la Universidad Federal de Bahía. Investigador del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico. Magíster en Ciencias Humanas (UFBA), Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de São Paulo), Post-Doctor (Universidad de Buenos Aires), Ex-presidente de la Asociación Nacional de Investigación y Postgrados en Comunicación. Exsecretario de Cultura del Estado de Bahía.

- ¿Cómo citar?

Rubim, A.C. (2021). El pandemio como estrategia político-cultural en Brasil. *Comunicación y Medios*, (44), 82-92. <https://doi.org/10.5354/0719-1529.2021.61417>